
LIBRO

Alfredo Jocelyn-Holt: *Historia General de Chile.*

Tomo I: *El Retorno de los Dioses*

(Santiago: Planeta, 2000).

ALFREDO JOCELYN-HOLT: *HISTORIA GENERAL DE CHILE (I) EL RETORNO DE LOS DIOSSES*

José Bengoa

En el día 18 del mes de Elul, del año 5404 de la Creación del Mundo y de acuerdo a las cuentas comunes año de 1644, Aaron Levi también denominado Antonius Montezinus vino a esta ciudad de Amsterdam y le relató a Menasseh Ben Israel, y a otros jefes de la Nación Portuguesa, habitantes de la misma ciudad, las cosas que a continuación se señalan.

Y llegué con una caravana de mulas desde Quito a Cartagena de Indias y en el camino fui tomado prisionero. Conversando una noche alrededor de una fogata con los indios, al ver que iba a morir, les confesé que era Hijo de Israel. Entonces dos hombres se sentaron junto a mí. Me habló el mayor y dijo: “Semah Israel Adonai Elohenu Adonai ehad”, esto es, “Escucha, Israel, el Señor nuestro Dios es solo un Dios”. El cuarto versículo del Capítulo Sexto del Deuteronomio¹.

JOSÉ BENGOA. Profesor de la Escuela de Antropología de la Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Autor, entre otros libros de antropología e historia, de la *Historia del Pueblo Mapuche* (Santiago: Lom).

¹ Menasseh Ben Israel, *The Hope of Israel*, impreso por primera vez en Amsterdam y dedicado por el autor al Parlamento de Inglaterra y al Consejo de Estado; segunda edición corregida y modificada, impresa en Londres por R. I., para Livewell Chapman, 1651.

El indio llamado Francisco siguió relatando los días siguientes algunas de las antiguas sabidurías que demostraban a ciencia cierta la procedencia hebrea de los hombres americanos.

“América resulta inexplicable” (p. 164) nos dice Jocelyn en su maravilloso libro. Los viajeros que cruzaban el mar traían sus miradas. ¿Quiénes son estos seres?² Observaban lo que veían con sus imágenes construidas a lo largo de civilizaciones, sus ojos veían las maravillas que les permitían ver. Es lo que sabemos del pasado. Luces y sombras. “Todo viaje es siempre circular”, agrega el autor en un capítulo V, que es uno de los puntos altos del libro. Se viene del pasado como en un viaje, y se va al pasado. Y se pregunta por nosotros los americanos, los observados, los imaginados, los transformados en fantasía y quizá también en ilusión: “¿En síntesis, desde cuándo somos históricos?” y responde: “En estricto rigor lo histórico depende de tener un punto de vista privilegiado y si es posible volver y contar lo que uno ha visto” (p. 183). Más adelante reitera: “somos históricos desde que nos vemos desde un punto fijo, en suma desde que nos ubicamos en el mapa que vamos llenando”... o dicho de otro modo por el mismo autor, “desde que miramos el pasado en perspectiva, como algo irrecuperable pero casi vivo” (p. 190), agregaría desde el que uno puede ir y volver.

² Ben Israel escribía en Amsterdam: “Hay tantas ideas como hombres acerca del origen de la gente que habita América y de los primeros habitantes del Nuevo Mundo y de las Indias Occidentales; para muchas personas ellos provienen de Adán y Eva y consecuentemente de Noé después del Gran Diluvio, pero este Nuevo Mundo pareciera que está demasiado separado del antiguo, por lo tanto debería haber algún paso del uno al otro. La duda es por tanto de dónde era esa gente y cómo vino a llegar hasta esos lugares. Ciertamente la verdad de todo esto debe ser recolectada o recogida parcialmente de las escrituras y parcialmente por conjeturas, por ejemplo el tipo de costumbres, su lenguaje, sus formas de vida [*manners*]. Casi todos los que han visitado esos países, con gran diligencia han llegado a tener diversos juicios: Algunos han tenido la idea de que América fue encontrada por los cartagineses, algunos otros por los fenicios o los canaanitas, otros por los hindúes o pueblos de la China, otros piensan que fueron los noruegos, otros señalan que fueron los habitantes de la Isla de la Atlántica, otros por los tártaros y otros por las DIEZ TRIBUS. Por cierto, cada uno fundamenta sus opiniones no en argumentos probados sino en altas conjeturas como aparecen más adelante en este libro. Pero habiendo yo estudiado intensamente y dedicadamente todo lo que se ha dicho y escrito sobre este sujeto, he llegado a la opinión más probable y agradable a la razón, y que ha sido además señalada por Antonio de Montezinos, que los primeros habitantes de América fueron las diez tribus de Israel, las que fueron conquistadas por los tártaros y se fueron. Y que después de ello se escondieron más allá de las montañas, las cordilleras. Así mismo ellas se dirigieron cada una a su país o nación y se instalaron en diversas provincias de América, y también en la Tartaria, en la China en la Media hacia el Sabbaticall River y en Etiopía. Yo pruebo en este libro que las diez tribus nunca retornaron al segundo Templo, que ellas aún guardan la tierra de Moisés y sus ritos sagrados y que al final de los tiempos van a regresar a su Tierra con las dos tribus, Judah y Benjamín, y serán gobernados por un príncipe que es el Mesías, el hijo de David. Y que sin duda, ese tiempo está cerca, por lo que se puede ver por diversas cosas”. Traducción libre del inglés original por José Bengoa.

Montesinos o Ben Israel trataban de entender América desde su desesperación. Están exiliados en Amsterdam. Le escriben a Cronwell: es “la esperanza de Israel”³. Se mira el pasado en el presente, con una ilusión enorme de lo que podría ser el futuro. Pero lo que fascina de ese relato y por ello lo traigo a este comentario, es que nadie se establece en la historia de una vez para siempre, nadie es de manera definitiva. Las identidades son cambiantes. Montezinus es al mismo tiempo Aaron Levi⁴; los indígenas de la costa colombiana son hebreos y son americanos, la comunidad judía de Amsterdam se autodefine como la colonia portuguesa. Cuando encontré hace años en la biblioteca de libros raros de la Universidad de Indiana en Bloomington esta historia se me produjo un cambio epistemológico. La investigación histórica es una búsqueda permanente de identidades. La historia que nos escribe o comienza a escribir Jocelyn-Holt está llena de esas ambigüedades, afortunadamente. La identidad de América y de Chile, el sentido de nuestra historia, depende de ese conjunto complejo de miradas. Así las miradas europeas nos van a ir constituyendo también nuestras propias miradas.

No hay una sola historia de Chile. Por ello dice el autor en su prólogo o propuesta de esta nueva historia general de Chile, “Nadie, después de 1973, puede seriamente seguir sosteniendo el grueso de las ideas que, por más de 150 años hasta ese entonces, fueron afirmadas sin lugar a dudas, cuando no de rodillas” (p. 16). Allí tenemos ese punto fijo desde donde iniciar el viaje. Ir y venir. Cruzar el mar hasta Cartagena, ser apresado por los indios (porque no cabe duda que nuestro autor ha caído preso de los indígenas en este primer tomo) y encontrar lo que andábamos buscando. No es casualidad que Jocelyn cite dos veces a Levi Strauss afirmando que la historia es quizá el mito de las sociedades modernas.

El primer tomo de esta *Historia General de Chile* vuela lejos. Es una historia, como él señala, del sentido. El autor se ha desprendido, por fin, de la vieja historiografía que nos aburre desde cuando éramos niños. Fechas, héroes, batallas, no abundan en este libro. En cambio estamos llenos de relatos increíbles que por lo general desde las fronteras de los sucesos hablan mucho más de ellos que las engominadas miradas de los documentos burocráticos. La historia de Jocelyn-Holt aparece como un conjunto insólito, y no frecuente, de materiales, muchos de los cuales el

³ Este libro se titula justamente *La Esperanza de Israel*, cuyo nombre es tomado de Jeremías 14.8.

⁴ El profesor Miguel Orellana al concluir esta lectura me hizo ver que Montezinus (Montesinos) además significa Monte de Sión, apellido hispánico que remite a la “conversión” forzosa de los judíos en el siglo XVI.

lector enterado se sorprende. Sobresalen imágenes y capítulos que evocan más que afirman. Es otra historia y nos alegramos. Es, por fin, una historia moderna. Polémica por cierto. Probablemente algunos tradicionales la criticarán.

Quiénes eran los indígenas que vivían en América, se pregunta el autor. Quiénes eran los conquistadores que llegaron. Cómo se miraron unos a otros. Es el tema del libro. El autor no pretende certezas. Busca a tientas entre los retazos de papeles, pinturas y cuadros de la época, ventanas que nos dejaron abiertas los primeros en mirar el continente, explicaciones verosímiles, anotaciones abiertas a otras opiniones y por qué no, a otras interpretaciones. Siguiendo una corriente fecunda de O’Gorman, Todorov, Brading, Duby y muchos otros que cita con detalle en una bibliografía comentada, inicia el relato de la historia americana con el cuidado metodológico de quien está hablando de asuntos serios. Dejamos atrás en este libro la historiografía escolar que simplifica, esquematiza, rigidiza al absurdo los orígenes de nuestra sociedad.

Porque los españoles se preguntaban si los indígenas tenían alma. Los europeos sufrían desde la teología medieval por el asunto del alma. *De ente et essentia*. Los americanos, en cambio, creían que todo el universo estaba animado. Los cerros, los árboles, los animales, todo tenía alma. No les preocupaba el alma de los recién llegados. Era evidente. Estaban preocupados de su cuerpo. ¿Serían como ellos?, se preguntaban. Un grupo de araucanos, hoy decimos mapuches, enviaron a una mujer al fuerte de los españoles. Volvió al cabo de una semana y les dijo, “son igual a ustedes”, “hacen el amor como ustedes. Cuentan que Cortés les decía a los españoles que no comiesen en público, no se fueran a dar cuenta que eran mortales. El retorno de los dioses, titula polémicamente el autor. ¿Dioses o demonios?, diríamos ahora. Tesis sugerente que ha perseguido la historiografía de la Conquista. Quetzalcóatl, Wiracocha, mitos del retorno, miradas confusas que inauguran una gran tragedia. ¿Serán historias simplemente de justificación? ¿Será que los blancos y extranjeros que llegaban eran los que se creían dioses rememorando el pecado de Luzbel? ¿O existe en esas miradas semiocultas una clave de comprensión de lo ocurrido?

La tesis de los “encuentros en el desencuentro” es seductora. Jocelyn-Holt plantea que lo ocurrido en América fue un desencuentro atroz. Sin necesidad de exagerar sobre los hechos conocidos, el autor los consigna con claridad meridiana. Quedarse en la pura denuncia no es ni necesario ni suficiente. El autor regresa a Europa rastreando el origen de las imágenes acerca de América, el origen de las conductas violentas, y más particularmente el origen de la guerra moderna, la guerra de exterminio. ¿Por qué los

Europeos que llegaron a América fueron culturalmente arrastrados a la casi eliminación de la población americana? ¿Por qué esa violencia casi sin parangón en la historia humana? La pregunta que circunda el texto es: ¿Quiénes se encontraron? Porque las historias tradicionales no dan cuenta de ello, o no de manera suficiente. Sobre los conquistadores se ha forjado un mito y sobre los indígenas, otro.

Jocelyn-Holt elabora la “tesis italiana”. “De las guerras de Italia a la entrada a Chile”, titula el capítulo octavo, recordando la trayectoria de los conquistadores, entre ellos Pedro de Valdivia, que sirven a las órdenes del gran capitán Gonzalo Fernández de Córdoba en Italia antes de traspasar el mar. ¿Ésa es la guerra que traen a América? La tesis italiana es atractiva y seguramente será un tema de debate entre los historiadores. El concepto de exterminio es sin duda malditamente moderno. La modernidad se inaugura con ese concepto y culmina el siglo veinte en el holocausto y las masacres que nos ha tocado vivir en este Reyno de Chile durante la última parte del siglo veinte. ¡Maldita modernidad! ¿La Conquista fue un acto de modernidad? No lo sabemos. Se insinúa y es verosímil. Pero podríamos contrargumentar, hay formas arcaicas también de aniquilamiento. Esos soldados que llegaron al *finis terrae* del sur procedían también de las experiencias múltiples de las guerras religiosas, contra el moro por ejemplo, en que seguía predominando el grito mítico religioso “Santiago y a ellos”, la expulsión de los pobladores derrotados, la conversión forzosa de los vencidos y la violencia prerrenacentista propias de las guerras antiguas de la Península. Se unen a ello las guerras de los señores contra los campesinos alzados en la España del siglo catorce, quince y dieciséis, y las rebeliones de las comunidades de Castilla en el 1520/21, contemporáneas a los sucesos aquí relatados. El rigor de las sentencias de muerte aplicadas contra el pueblo y los campesinos en esa época, se reprodujo también en América. Los españoles hicieron con los indios en América más o menos lo mismo que hacían con los pobres, los moros, los campesinos, los judíos, los herejes y todo tipo de enemigo en la propia España. La vieja espada toledana se mezcló quizá confusamente con el puñal y la daga renacentista de Corella el esbirro de los Borja. El asunto es apasionante y la cuestión es históricamente compleja. El libro abre una gama de hipótesis que permiten debatir y comprender mejor quiénes eran los que llegaron. No eran solamente hijos del feudalismo. Si no tratamos de entender el desencuentro y la violencia, transformamos la Historia en una lucha entre fantasmas, entre malos y buenos, una tragedia operada por el destino infeliz.

El autor tiene un enorme desafío por delante en sus prometidos próximos tomos. Ha ingresado en el primero, en los subterráneos del poder

y deberá en los que siguen continuar explorándolos, con paciencia. Porque la búsqueda de los orígenes del desencuentro es clave para comprender la larga e interminable historia desencontrada de América Latina y Chile en particular. Toda nuestra historia, podríamos parafrasearlo, es de “encuentros en el desencuentro”. Y ahí hay un punto firme sobre el cual se puede hacer historia, esto es, viajar a Cartagena de Indias, siguiendo nuestro ejemplo metodológico, con la propia identidad confusa, esto es, sin saber muy bien si se es el castellano Montezinus, o un judío clandestino, y como todo historiador, escuchar a un grupo de viejos sabios que dicen palabras secretamente guardadas y volver a relatarlas a la comunidad que espera ansiosa, ya que en ese pasado se esconde, misterioso, el futuro del cual dependemos.

Pero el historiador no sólo debe hablar de desencuentros sino que tiene que buscar los encuentros, que aunque fuesen efímeros son determinantes en la constitución de estas nuevas sociedades americanas. Jocelyn-Holt, en el epílogo, termina de sorprendernos o como a él le gusta, de dejarnos perplejos. Encuentra que no todo en la historia fue guerra, sino también amor. Allí comienza a desplegarse el encuentro en medio de los desencuentros.

“Chile —dice nuestro autor— nace, en cuanto país, como comunidad y no sólo esquina del planeta” gracias al amor desesperado de Alonso de Ercilla y Zúñiga. No hay ironía en mis palabras, ni ingenuidad en el autor: “Puedo escribir los versos más tristes esta noche... Pensar que yo la quise y ella me quiso”. Aparece en la mirada de la historia la poesía como un registro fundante. La posibilidad del encuentro. *Poesis* es construir, es hacer, producir. El poeta a partir del amor construye la historia. El historiador se afirma en el poeta para reconstruir la Historia.

Pérfido amor tirano ¿qué provecho
Piensas sacar de mi desasosiego?
¿No estás de mi promesa satisfecho?

Ay que ya siento en mi cuidadoso pecho
Labrarme poco a poco un vivo fuego
Y desde allí con movimiento blando
ir por venas y huesos penetrando

De Ercilla y Zúñiga a Nefalí Reyes Basualto, de allí a Teillier y De Rokha, a los que han sabido nombrar las cosas de esta tierra, decir los nombres de las personas, seguir el mandato divino del Paraíso. El amor también ha fundado este país. Porque dice nuestro autor: en las Antípodas, el europeo, Ercilla, pudo encontrar a su igual, al indio.

Jocelyn-Holt ha encontrado en el pasado nuestra utopía: somos todos iguales, en los sentimientos, en las pasiones, en las iras, en los desencuentros, en la violencia, pero también en el amor, en el encuentro, en el dificultoso nombrar, en reconocerse. Es épico. ¿Pero qué historia no comienza con alguna gota de épica?

Supongo que era inevitable que nos uniéramos en la gloria y en la muerte, dice, como recita el epígrafe de la estatua que vemos todos los días al pasar frente al Museo de Bellas Artes.

“La guerra, ya lo hemos visto, supone una pasión similar al amor”, afirma rotundo el autor...

Mario Góngora, con respeto, miró solamente la guerra del Reyno de Chile. Lo que unía la Historia no era el encuentro sino el poder. La integración, el orden, frente a la violencia la ejercía el Estado. La Historia de Chile es la historia del Estado de Chile. Góngora señaló que Chile había sido construido desde el Estado. No hubo sociedad previa, afirmó. El Estado formó la sociedad. Es el camino que siguieron los historiadores conservadores que han dominado el mapa historiográfico chileno. Al menor “viento de fronda” se sobrevienen los desencuentros, las violencias, los fantasmas que cubren nuestro inconsciente colectivo, dijeron. Le temieron al pueblo. El Estado, el poder, la ley, el hierro candente, han sido el único argumento válido, monárquico, portaliano, presidencial, estatal, dictatorial, constitucional. Fuera de la ley, el caos, la barbarie.

Hoy Alfredo Jocelyn-Holt comienza una aventura diferente. Lo que nos ha hecho ser alguien en estas tierras al final del continente no ha sido el poder del hierro, exclusivamente, sino el encuentro fecundo, que lo ha habido también. En ese encuentro se ha ido construyendo lo que mejor nos identifica, la sociedad chilena, sus instituciones. No somos solamente una esquina del planeta, somos también comunidad. En definitiva lo que une es la cultura. Porque la cultura no es otra cosa que mirar, que observar, que denominar las cosas, que tener un lenguaje común. Y ese lenguaje común es solamente fruto del encuentro y por qué no, del amor.

En la lejana Valdivia del siglo dieciséis, leía en una carta depositada
en Sevilla,

un encomendero escribe al Rey Don Felipe
pidiendo que le entreguen todos sus bienes y encomiendas a su
mujer indígena,

mapuche huilliche, debe haber sido,
le dice tiernamente al Rey
“es una buena mujer
es la madre de mis hijos”.

Ha nacido algo nuevo del desencuentro feroz de la atrocidad mil veces contada y reiterada. Surge una Historia en que la sociedad chilena no es un conjunto exclusivamente de víctimas y victimarios, dominados a sangre y fuego por un Estado primero colonial y luego portaliano republicano. No es la historia del Estado lo único que nos une. Está la historia de estas personas. El autor de esta *Historia General* ha dado con un punto desde donde afirmarse.

Nos podemos apropiarse del pasado,
 por cierto que nos podemos apropiarse del presente.
 Podemos viajar al pasado,
 encontrar los sobrevivientes de las tribus perdidas de Israel,
 conversar con ellos alrededor de una fogata, escuchar el hablar de
 lenguas conocidas,
 reconsiderar nuestras identidades cambiantes,
 descubrir que allí se creó comunidad, que ha existido
 la capacidad de encontrarnos en un nosotros.

No es fácil iniciar una historia general de Chile con estos altos propósitos. Sin embargo, es mejor que reiniciarla con las ideas ya sabidas y repetidas que recorremos en la estatuaria, de identidades de bronce, que ornamenta la Plaza de Armas y la Alameda de las Delicias.

“Ercilla enamorado” se titula el capítulo final y termina este primer tomo. Leo los últimos versos del poeta, con los que termina este libro y este comentario:

“¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
 ¿Qué verso sin amor dará contento?
 ¿Dónde jamás se ha visto rica vena
 que no tenga el amor de nacimiento?
 No se puede llamar materia llena
 la que de amor no tiene fundamento
 los contentos, los gustos, los cuidados,
 son, si no son de amor, como pintados”. □